

2 Cultura

SUPLEMENTO DE LA NUEVA ESPAÑA

JUEVES, 24 DE MAYO DE 2018

Tavares fustiga sin compasión el concepto de objetividad

Viene de la página anterior

Conviene aclarar que la literatura-Bloom (LB, contrapuesta a la “miserable”) es la que propugna Tavares, aunque no parece preciso explicar la genealogía de la denominación. Con todo, para quienes estén poco familiarizados con su obra, ha de recordarse que Bloom es el protagonista de **Un viaje a la India**. Pues bien, en LB se postula que lo importante de una escritura no es la palabra sino la frase, hasta el punto de que “deberá prohibirse” toda palabra que no entienda la multitud y toda frase que, por el contrario, sí entineda la multitud. Por supuesto se excluye la “frase adiposa” o “frase sofá”, víctima del adjetivo, que, esto ya no lo dice Tavares, se convierte en cadáver deambulante (zombi) cuando es mordida por las fofas tríadas azorinianas.

En LB se sostiene, además, que la frase no ha de ser “canina” (obediente) sino “frase-lobo” o “frase-tigre”, y no ha de ser “piadosa” sino “cruel”. Tampoco puede ser “fotográfica”, porque a la LB le interesa “todo *lo que es así*, pero también puede *ser de otra manera*”, no en vano “cualquier palabra siempre puede significar otra cosa, (...) tiene miles de hipótesis de existencia”. Y, por sí esto fuera poco, “toda frase que necesita otras para ser fuerte debe ser eliminada”, porque cada frase ha de interferir, es decir, ha de “entrar en la frase anterior y en la siguiente” y “debe actuar en el texto como si el lector fuese a morir al instante siguiente”. Hay, claro, mucho más en estas páginas tan recomendables para escritores en ciernes, pero está en LB.

En cuanto al aparente absurdo de la deriva ficcional en el discurso de Tavares, bastará reparar en algunos pasajes de las notas sobre la ciencia (NC) para aproximarse a su comprensión. Es en este libro donde, sin duda por influjo del profesor sobre el narrador, el autor se muestra más sistemático. Arranca del peligro como impulso de los más eficaces métodos científicos, se demora en la metodología, fustiga sin compasión el concepto de objetividad (“hay personas que no creen en la ciencia hecha por objetos”), se recrea en la subjetividad (“la alegría es un catalizador de una experiencia científica; la tristeza, un inhibidor. Sólo arriesga quien está alegre. La tristeza es anticientífica”) y, zas, en un quiebro inesperado, como si quisiera burlarse una vez más de la objetividad, subjetiviza los objetos al preguntarse si mienten las cosas.

Su respuesta es nítida: suponemos que aquello que no conocemos bien no puede mentirnos. Y el diagnóstico, implacable: “Ingenuidad”. Porque, nos informa el epistemólogo ficcional, “el instinto de supervivencia y el instinto de búsqueda de la Felicidad son comunes al universo de las cosas”. De ahí que, concluye, “a veces, al Error del científico deberíamos llamarlo Mentira de la Realidad”.

Así es Tavares. Su Ética, su Política y su Estética se mueven entre el aforismo, la invención y el apunte ensayístico. Requieren una lectura tan atenta como el más hermético de los poemas. Su Epistemología, en cambio, a ojos de quien alguna vez haya atisbado el revés del espejo, llega a parecer tan transparente que incita a plasmarla en un diagrama. Por fortuna, en LB se desliza un antídoto contra tanta excitación: “Si un texto puede reducirse a un diagrama, ¿para qué presentar un texto? Pues eso, que así es Tavares.

LIBROS

Inglaterra, la mar por medio

Visiones de lo anglosajón de **Julio Camba**, **Augusto Assía**, **Fernández de Moratín** y **Eça de Queiroz**

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

No son solo los extranjeros quienes se despachan a gusto con las costumbres españolas: también los españoles viajeros han ido tomando nota del modo de vivir, por ejemplo, inglés. Esta deliciosa antología nos muestra a tres compatriotas y un portugués (la Iberia añorada, ay) que tuvieron la fortuna de pisar suelo británico en distintas épocas y se aplicaron luego contárnoslo. Así, **Leandro Fernández de Moratín** estuvo en las islas un año cuando se acababa el XVIII. Tenía entonces 32 (corríjase la errata de la solapa) y estaba lejos de ser el autor algo latoso que se vende a los escolares en **El sí de las niñas**. Por el contrario, fue muchas veces un tipo divertido con la pluma, picardioso. Escribe del mucho beber inglés aduciendo caso palmario: “El Príncipe de Gales se emborracha todas las noches”. Se fija en detalles que nos pasan desapercibidos: “Los pies de las inglesas son de enorme magnitud; y tan lejos está éste de ser un defecto en las damas, que las que no los tienen de forma tan gigantesca están expuestas a la censura pública”. Nos instruye sobre

la xenofobia de allá, pues, si no se es como ellos, “se le graduará de extranjero, que es decir, un bestia sin educación”. O su afición a medir por el dinero que se tenga: “Aquí se pregunta ‘¿quién es aquel?’, y responden inmediatamente: ‘Aquel vale dos mil guineas’ ”. El gran **Eça de Queiroz** pasó en Inglaterra varios años, como cónsul, ya entrado el XIX. Aún no había cumplido los 30 y se deja llevar por su faceta humorista. Las estaciones anuales inglesas no son las cuatro consabidas: “Tenemos la estación de los asaltos y robos a las casas”, pues los salteadores londinenses son “un cuerpo tan bien organizado como la propia Policía” y usan “los más perfectos métodos científicos en el derrumbamiento y saqueo de esa propiedades abarrotadas de cosas caras”. Y se ceba con los escritores de viajes: “Hoy se emprende un viaje únicamente para escribir el libro”, con lo cual exagera sobre los volúmenes viajeros publicados en Londres solo en quince días: “Lejos, en las Pampas”, “Escenas en Ceilán”, “El Sudán egipcio”, “Guerras, peregrinaciones y olas”, “Sport en la Crimea y el Cáucaso” o “Diario de una perezosa en Sicilia”.

Mujeres sin fin

¿Puede un puñado de palabras más que mil silencios?

M. S. SUÁREZ LAFUENTE

En estos últimos años han visto la luz un número creciente de obras que recogen las biografías de mujeres que han sido activas en los más distintos ámbitos y que, por inercia de la historia, nunca fueron reconocidas. Desde el ya lejano 1994 en que **Giulio de Martino** y **Marina Bruzzese** recogieron el pensamiento de las mujeres en un resumen de seiscientas páginas titulado **Las filósofas**, nuestra historia contributiva ha ido creciendo exponencialmente, afortunadamente para el conocimiento humano.

Nos llegan este mes dos obras diferentes en su ejecución, pero con la misma intención: poner de relieve la contribución de las mujeres en los ámbitos que tratan. **El complot de las damas muertas** (2015), de la editora y escritora estadounidense **Jessa Crispin**, es el diario de un viaje de turismo cultural por Europa en el que la autora recorre las calles de varias ciudades relevantes (Berlín, Trieste, Sarajevo, Galway, San Petersburgo, Londres y unos pocos lugares más) mientras evoca una figura histórica especialmente conectada a ellas (**William James**, **Igor Stravinsky**, **Somerset Maugham**, **Jean Rhys**, etcétera).

Este ejercicio mental le vale a Crispin



Los ingleses vistos por nuestros abuelos

Leandro F. de Moratín, Eça de Queiroz, Julio Camba y Augusto Assía. Edición de Eduardo Riestra Ediciones del Viento 2018, 275 páginas 19 euros

Joyce el genio, sino de Joyce el hombre, que no le hizo la vida nada fácil.

Llama la atención que no recordara a **Marisa Madieri**, autora que inmortaliza el Trieste inmediatamente posterior a la II Guerra Mundial en **Verde Agua** (1987), máxime cuando **Claudio Magris**, marido de Madieri, sirve a Crispin de cicero-ne en esta ciudad.

Elena Poniatowska escribe **Las indómitas** (2016) desde su casa y dedica cada uno de los nueve capítulos directamente a una mujer hispano-americana para dejar constancia de que las hubo y las hay y son enormemente activas y constructivas. Inicia el libro con la biografía, necesariamente sucinta, de **Josefina Bórquez**, la mujer en quien Poniatowska se había inspirado para escribir su primera novela **Hasta no verte, Jesús mío** (1969). Josefina fue soldadera, mujeres a quienes la autora dedica otro capítulo.

Las soldaderas eran las mujeres que viajaban con la tropa, generalmente casadas con uno de los soldados, y se ocupaban de todo el trabajo necesario para que ellos pudieran centrarse en la lucha. Las soldaderas lavaban, cosían, cocinaban, limpiaban el campamento, aliviaban las necesidades sexuales de los hombres y les levantaban la moral. Su valor social, sin embargo, era nulo, y tenían que viajar en el techo de los vagones, expuestas a la lluvia y al sol, porque los caballos tenían preferencia sobre ellas. El capítulo dedicado a las mujeres indias que traen a las ciudades a trabajar como internas no es mucho más reconfortante que el de las soldaderas.

El resto de los capítulos tienen nombre y apellidos y resaltan la encomiable labor política, social, académica o artística de mujeres a favor de todos los grupos sociales minorizados. Poniatowska no quiere que se olvide a **Nellie Campobello**, **Josefina Vicens**, **Alaide Foppa**, **Rosario Ibarra**, **Marta Lamas** y la fenomenal poeta mexicana **Rosario Castellanos**.

Leer a **Julio Camba**, quien partió a los 22 años de corresponsal antes de la 1ª Gran Guerra, siempre es un soplo de frescura. Se muere por una frase redonda: “El español no necesita lavarse, y el inglés sí”. Se toma espacio cuando la crónica lo merece: es admirable la titulada “El inglés se divierte” (pág. 105): “Los ingleses se divierten por dentro y nosotros por fuera”. Y derrocha ingenio al imaginar a Dios cambiando el clima: “Hombre, voy a ver qué pasa poniendo a los ingleses a 30º de calor”: tal sería el desmán que “¡Hasta es posible que un día ocurriese en Londres un crimen pasional!” Por último, **Augusto Assía** (muerto en 2002), cuenta sus dos estancias inglesas, también como corresponsal durante los 30 y los 40 del XX. También con humor: “Cada individuo de la clase media inglesa” viaja al sur una vez en la vida, donde “le toman por millonario o pariente de los reyes de Inglaterra”. Gasta a espuertas “en un viaje que le desagrada y molesta, a través de países que maldito lo que le interesan, contemplando monumentos que le aburren”. Luego, conserva “un grato sentimiento hacia aquellas gentes del Sur a las que, en el fondo, desprecia olímpicamente”. Y se detiene en el amor a los perros, citando a **Byron**: “Belleza sin vanidad, fortaleza sin violencia, valor sin ferocidad, y todas las virtudes del hombre, sin sus vicios”. O la anécdota de **Lord Rosebury** al arrojarse al mar desde un barco del que se había caído un can, pues si el buque no se detenía por el animal sí habría de detenerse por él. Un libro espléndido para aprender a observar en vacaciones.

Si bien estos libros no impelen hacia un final desesperanzador, sino todo lo contrario, quiero acabar con una estrofa de mi admirada Castellanos, que resume muy bien el ayer que reflejan Crispin y Poniatowska – y también en la confianza de que el viento avasallador se vaya convirtiendo en una brisa leve e integradora:

“La mujer es la que permanece; rama de sauce que / llora en las orillas de los ríos. Y otra vez repite: / Nada detiene al viento. ¡Cómo iba a detenerlo la rama / de sauce que llora en las orillas de los ríos!”.



Las indómitas

Elena Poniatowska Seix Barral Barcelona, 2018 317 páginas, 19 euros



El complot de las damas muertas

Jessa Crispin Alpha Decay 2018, 275 páginas 22,90 euros

La renuncia de la izquierda

Mark Lilla defiende en **El regreso liberal** los espacios políticos comunes

ÓSCAR R. BUZNEGO

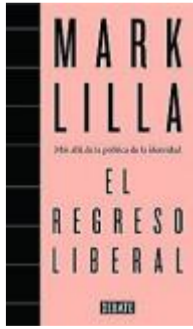
Estando aún expuestas como novedades en las librerías españolas una reimpresión de **Pensadores temerarios**, un estudio de grandes intelectuales políticos seducidos por dictaduras de distinto signo, y la primera edición de **La mente naufragada**, una colección de ensayos sobre el pensamiento reaccionario del siglo pasado, que incluye un selecto muestrario de destacados autores centroeuropeos un tanto esotéricos, **Mark Lilla** lanza ahora un manifiesto breve y rotundo con la aspiración de que el liberalismo estadounidense, en Europa léase socialdemocracia, recapacite sobre la política de la identidad que promueve desde hace medio siglo, cuando se formaron los nuevos movimientos sociales que, como vemos, ocupan cada vez más la escena pública. El librito tiene su origen en un artículo publicado en el New York Times y ha propagado la polémica que desató entonces.

El controvertido profesor de la Universidad de Columbia se presenta aquí como un liberal frustrado e interpela de manera frontal a la izquierda, a la que reprocha el abandono de la idea inclusiva de ciudadanía para abrazarse a la política de la identidad, sea ésta nacional, generacional, sexual, o cualquier otra, que diferencia, separa y divide a una sociedad de por sí agitada por fuertes tendencias centrifugadoras. Tras introducir el concepto “identidad” en la esfera política, la izquierda habría iniciado el camino de su pérdida durante los mandatos de Reagan. Y buena parte de la culpa por el descarrilamiento la tendría la universidad, que se desentendió de los problemas que hay ahí fuera y se ha encerrado en sí misma, sucumbiendo también al efecto disgregador de la identidad.

Descrito el desolador panorama de la izquierda, que navega a la deriva, rota en pedazos, Lilla considera que la presidencia de **Trump** es el momento idóneo e inaplazable para levantar de nuevo la bandera de “lo común”, por encima de las reivindicaciones particulares planteadas con el sello distintivo de cada fragmento social. No puede haber una política liberal, o sea, de izquierdas, sin una noción del “nosotros” que abarque al conjunto social. Sin embargo, el término ha sido casi borrado del discurso político. En este punto, los progresistas dispuestos a salvar a la izquierda de sí misma, encontrarán una dificultad seria. Según Lilla, tanto la derecha, por su individualismo, como la izquierda, al apoyarse en la identidad, en las últimas décadas se han dedicado a deshacer ciudadanos. Los ciudadanos demócratas, dice, sin los cuales la democracia no puede durar, no nacen, sino que se hacen. En consecuencia, la tarea más urgente de la izquierda es la educación cívica, que Lilla concibe como una ambiciosa empresa para persuadir a los americanos de que su prioridad debe ser compartir valores, intereses, en suma, “una visión” del país, algo que a las últimas generaciones les ha faltado por completo a pesar del esfuerzo de Obama por conjugar la actividad política en la primera persona del plural.

El propósito de Lilla es eliminar el obstáculo de la política de la identidad que impide a la izquierda una actuación eficaz e, incluso, amenaza su continuidad como opción ideológica. Por eso, no se detiene en los interrogantes que surgen al paso de sus alegaciones. Si el lector se hace algunas preguntas sobre la debacle de la izquierda en las sociedades más prósperas, en este libro no encontrará una explicación satisfactoria. Lilla no aclara si el verdadero problema es la prevalencia de las identidades en la política actual o la pérdida de la idea cosmopolita de ciudadanía. Aunque él sugiere una relación de causalidad entre ambas, en realidad son dos cuestiones que conviene no confundir. Por un lado, cabe la posibilidad de una política cívica de la identidad, como demuestra la propia historia de Estados Unidos, y, por el otro, podría ocurrir que la idea de ciudadanía, sobre todo si es tan endeble como la presentada someramente por Lilla, no bastase para colmar el sentimiento universal de pertenencia que activa a todo individuo.

Pero estas consideraciones sobre lo que ofrece y lo que no, apenas restan interés al libro de Lilla, que parece haber sido escrito con la mente puesta en la izquierda española. Por la calle de la política nacional han desfilado “las mareas”, hoy lo hacen las feministas y los pensionistas, el catalanismo se reafirma, y otros movimientos identitarios aparecen con intermitencias, mientras las expectativas electorales de una izquierda irreconocible siguen a la baja. Una señal de que Lilla ha acertado al enfatizar el enorme problema que constituye la conciliación de una política de la identidad con un liberalismo, es decir, un izquierdismo cívico. Ahora, en primer lugar, es necesario saber por qué las causas identitarias están ocupando todo el espacio político y si ello supondrá la sentencia definitiva para la izquierda.



El regreso liberal

Mark Lilla Debate, Barcelona, 2018 149 páginas, 18 euros